

COLECCIÓN ARIEL

Nº 23

Asesinando á hombres dormidos

Era en 1814; debíamos atacar á Reims que el Emperador (1) ansiaba recuperar. El tiempo era sombrío y lluvioso. El Coronel me llamó y apartándome del grupo que formaba, me dijo con su voz vieja y ronca:

—Ud. ve bien, allá arriba, una granja sobre aquella colina, allá donde se pasea aquel gran diablo de centinela ruso con su enorme bonete de obispo?

—Sí, sí, contesté, veo perfectamente al granadero y la granja.

—Pues bien, á las once de la noche usted tomará doscientos de sus veteranos y sorprenderá al cuerpo de guardia que han establecido en la granja. Y para que no haya alarma, atáquelos usted á la bayoneta.

A las diez y media de la noche mandé poner á mis hombres su capota y esconder el fusil debajo de la misma; desconfiando de que á pesar de la oscuridad la bayoneta se podía ver de lejos. Conociendo las pequeñas veredas que conducían á la granja, hice trepar los más decididos gallardos que jamás se habían visto. Ya ellos conocían á los rusos y sabían de qué manera tomarlos. Los centinelas encontrados de paso desaparecían sin ruido, como pajas que se quiebran con la mano al borde de un camino. El que estaba delante de las armas exigía más cuidado. Estaba inmóvil, descansando el arma y con la barba sobre el fusil; el pobre diablo se mecía como un hombre que se

(1) Napoleón I.

duerme de fatiga y va á caer. Uno de mis granaderos lo cogió entre sus brazos apretándolo hasta ahogarlo y dos más lo ataron fuertemente tirándolo al campo enseguida.

Yo llegué lentamente y no pude impedirme, lo confieso, cierta emoción que no había sentido en el momento de otros combates. Era la vergüenza que me daba de atacar á hombres que dormían. Yo los veía arrollados en sus cobijas, á la luz de una lámpara; mi corazón se agitó con violencia. De repente, en el momento de entrar en lucha, temí que mi debilidad fuera la de un cobarde; tuve miedo de haber tenido miedo un día y cogiendo mi sable que llevaba escondido bajo el brazo, entré el primero, bruscamente, para dar el ejemplo á mis granaderos.

Hice un gesto, que fué comprendido por ellos; se echaron primero sobre las armas y después sobre los hombres como lobos sobre una manada de carneros. La bayoneta traspasaba, la culata aplastaba ó mataba, la rodilla asfixiaba, la mano ahorcaba sin piedad. Los gritos apenas oídos cesaban bajo el pie de los soldados y no hubo cabeza que pudiera enderezarse sin recibir el golpe de gracia.

Al entrar, yo mismo había dado locamente un golpe terrible sobre algo negro que atravesé de parte á parte; un antiguo oficial, grande y fuerte, cargado de blancos cabellos, se alza como un fantasma, da un grito horroroso en vista de lo que ya había hecho, me aplica tremendo golpe de espada en la cara, y cae muerto al instante al empuje de las bayonetas. Yo, caí sentado al lado de él, aturdido del golpe, pero oyendo la voz muriente y tierna de un niño que decía: «Papá...»

Entonces comprendí mi obra y miré con frenético afán. Ví á uno de esos oficiales de catorcé años, numerosos en el ejército ruso, que nos invadían en aquella época y que arrastraban en aquella terrible escuela. Sus largos y rizados cabellos caían sobre su pecho tan rubios y sedosos como los de una mujer, y su cabeza recostada parecía dormir por segunda vez. Sus rosados la-

bios y sus ojos grandes y azules eran de una belleza cándida, femenina y cariñosa. Yo lo alcé por un brazo y su mejilla cayó sobre la mía ensangrentada, como si fuera á esconder su cabeza entre la barba y la espalda de su madre para calentarse. Parecía acurrucarse sobre mi pecho para huir de sus asesinos. Su ternura filial, la confianza y el reposo de un sueño delicioso descansaban sobre su faz muerta y parecía decirme: «Durmamos en paz.»

«Ése es un enemigo?» me dije, y lo estreché contra mi pecho, cuando sentí que se apoyaba contra mí el puño de mi sable que había atravesado su corazón y muerto aquel ángel dormido. Quise recostar mi cabeza sobre la de él, pero mi sangre le manchaba; sentí la herida de mi frente y recordé que me había sido hecha por su padre. Miré vergonzosamente al lado y no ví más que un montón de cuerpos que mis granaderos arrastraban por los pies para botarlos fuera.

En ese momento el Coronel entra, seguido de una columna de que yo oía el paso y las armas.

—Bravo! mi amigo, Ud. ha hecho eso prestamente. Pero Ud. está herido?

—Mire Ud. le dije; que diferencia hay entre un asesino y yo?

Alfred de Vigny (*)

(De *Servitude et grandeur militaires*)

(Trad. de *El Cronista*, noviembre 11 de 1970)

La Ley es un laberinto que no hace más que malquistar conciencias y la Justicia de la Ley es un minotauro (**). —*Martin Lutero*.

(*) El conde Alfredo de Vigny, oficial francés y poeta distinguido nació en 1799 y murió en 1863. Supo pensar con originalidad y sentir profundamente.

(**) Horrible monstruo que Minos, rey de Creta, mantenía encerrado en un intrincado laberinto construido por Dédalo con este propósito. Se alimentaba de mancebos y doncellas.

La filosofía de un salvaje

El jefe *Comoro* (el León) era uno de los salvajes más inteligentes y de mejor sentido común que yo he conocido en estos países y la tribu respetaba más sus órdenes que las de su hermano *Moy* á pesar de ser éste último superior en rango.

Un día, así que concluyó la usual danza funeral, envié por *Comoro*, y por medio de mis dos jóvenes intérpretes, tuve una larga conversación con él á propósito de las costumbres de su país.

Yo deseaba llegar, si posible, al origen de la extraordinaria costumbre de exhumar los cadáveres después de haberlos enterrado, pues yo imaginaba que en este acto podía encontrarse alguna idea de la creencia en la resurrección.

Comoro era, como toda su gente, estremadamente alto. Al entrar en mi tienda tomó asiento en el suelo; los *Latukas* no usan sillas como las otras tribus blancas del Nilo. Comencé mi conversación, felicitándolo por la perfección de sus mujeres y sus hijos en la danza, y á él mismo por su propia agilidad en la ejecución de dicho acto; además le pregunté por quién se celebraba la ceremonia.

Me contestó que por un hombre que había sido muerto recientemente, pero no de ninguna importancia; la misma ceremonia se observaba para todas las personas sin distinción.

Le pregunté por qué á los sacrificados en la batalla se les dejaba sin enterrar, á lo que él dijo que esta había sido siempre la costumbre, pero que no podía explicar el por qué.

—Pero, le repliqué, por qué perturban Uds. los huesos de los que ya han sido enterrados, esponiéndolos á la vista de todo el mundo?

—Esta era una costumbre de nuestros antepasados, contestó, luego hemos continuado observándola.

—No creen Uds. en una futura existencia después de la muerte? No hay alguna idea expresada

en el acto de exhumar los huesos después de destruída la carne?

—Existencia *después* de la muerte? Cómo puede ser eso? Puede acaso un muerto levantarse de su tumba á menos de que Ud. lo saque?

—Ud. cree que el hombre es semejante á las bestias, muere y concluye?

—Ciertamente; un buey es más fuerte que un hombre, pero muere, y sus huesos duran más tiempo; son más grandes. Los huesos del hombre se deshacen muy ligero, es débil.

—No es el hombre superior en inteligencia á un buey? No tiene él un pensamiento que dirige sus acciones?

—Algunos hombres no son tan inteligentes como un buey. El hombre debe sembrar el maíz para obtener alimento, pero el buey y los animales salvajes pueden procurárselo sin cultivarlo.

—Ud. no sabe que además de la carne hay un espíritu dentro de Ud? No sueña y viaja Ud. en pensamiento, á lugares distantes durante su sueño? No obstante, su cuerpo permanece en un lugar. Cómo se explica Ud. esto?

Comoro (riendo).—Bien, cómo se explica *usted* esto? Es una cosa que no puedo comprender, me ocurre todas las noches.

—El espíritu es independiente del cuerpo; el cuerpo actual puede ser encadenado; pero el espíritu es soberano; el cuerpo morirá y se convertirá en polvo, ó será devorado por los buitres, pero el espíritu existirá siempre.

—Dónde vive el espíritu?

—Dónde vive el fuego? No puede Ud. producir fuego frotando juntos dos palillos, no obstante, Ud. no *vé* el fuego en la madera? No tiene, ese fuego que permanece latente y sin ser visto, poder para consumir todo el país? Cual es más fuerte, el palillo que primero *produce* el fuego, ó el fuego mismo? De ese modo, es el espíritu el elemento en el cuerpo, como el elemento del fuego existe en el bolillo; siendo el elemento superior á la sustancia.

Comoro.—Ja! Puede Ud. explicar lo que fre-

cuentemente vemos durante las noches cuando estamos perdidos en la espesura? Yo mismo me he perdido y he vagado en la oscuridad, he visto un fuego distante; al aproximarme, el fuego se ha desvanecido y he sido incapaz de encontrar ni la causa ni el lugar.

—No tiene Ud. una idea de espíritus superiores al hombre ó á las bestias? No tiene Ud. miedo del mal, excepto del proveniente de causas materiales?

—Yo temo á los elefantes y otros animales en el bosque durante la noche, pero á ninguna otra cosa.

—Entonces Ud. no cree en nada, ni en un buen ni en un mal espíritu! Y cree que cuando muere terminan su cuerpo y su espíritu; que es Ud. semejante á otros animales; y que no hay distinción entre hombre y bestia; ambos desaparecen y concluyen con la muerte?

—Desde luego.

—No ve Ud. diferencia entre buenas y malas acciones?

—Sí, hay buenas y malas en hombres y bestias.

—Ud. cree que hombres buenos y malos deben seguir la misma suerte y tener igual muerte y fin?

—Sí, y qué otra cosa puedan hacer? Cómo pueden evitarlo? Buenos y malos todos perecen.

—Sus cuerpos perecen, pero sus espíritus viven; los buenos en la felicidad, los malos en la miseria. Si Ud. no cree en un futuro estado, dígame *por qué sería un hombre bueno?* Por qué no había de ser malo si puede prosperar en la maldad?

—Los más son malos; si son fuertes toman lo del débil. Los buenos todos son débiles. Son buenos porque no son suficientemente fuertes para ser malos.

Habían sacado un poco de maíz de un costal para los caballos y algunos granos aparecían esparcidos por el suelo; probé la hermosa metáfora de San Pablo como un ejemplo de un futuro estado. Haciendo un huequito con el dedo, puse un grano dentro de él. «Este—le dije—es usted cuan-

do muere». Cubriéndolo con tierra continué: «Este grano desaparecerá, pero de él, crecerá la planta que ha de dar una reaparición de la forma original.»

—Exactamente; comprendo. Pero el grano *original* no *aparece* otra vez, desaparece como el hombre muerto y se concluye; el fruto producido no es el mismo grano que enterramos, sino el *producto* del grano. Así sucede con el hombre. Yo desaparezco y concluyo, pero mis hijos crecen cual el fruto del grano. Algunos hombres no tienen hijos, algunos granos perecen sin frutos; entonces todo está concluído.

Me ví obligado á cambiar el tema de la conversacion. En este desnudo salvaje primitivo no había siquiera una superstición en la cual encontrar un sentimiento religioso; había una creencia en la materia, y para su comprensión todo era *material*. Era extraordinario encontrar tal claridad de percepción combinada con tan completa carencia de todo ideal.

Sir Samuel W. Baker. (1866).

(De *The Albert N^o Yanza*).

(Traducido de *Freedon*, mayo de 1908, por J. Orozco Casorla).

Lo que deseamos es la libertad y el poder de disfrutar en común con los otros la satisfacción de los dones de la naturaleza. Es verdad que los deseos no podrán ser satisfechos, pero hay algo cierto, y es que nuestro esfuerzo por obtenerlos concluirá solo con la vida.—*Robert Kett.* (1549).

CRÍTICA Y BIBLIOGRAFÍA

Ojo y alma.—Santiago Argüello.—Casa de Bouret.—París.

Posee Argüello esta amplitud de espíritu, esta sensibilidad exacerbada capaces de abarcarlo y de sentirlo todo, con excepción quizás de las hondas pulsaciones de su yo más íntimo. El título de

la obra me inclina á creer que Argüello aun no ha descendido á lo más profundo de su vida moral. En este libro todo es creación del ojo, de la imaginación pictórica del poeta. Cuando uno como Keats nos conduce á las playas de la mar de su vida, á poco de esperar, y á través de la transparencia ó turbulencia de sus aguas, distinguimos la escafandra del que baja muy hondo, solitario, en busca de sí mismo para traernos las aguas vivas de su corazón diluido por el fuego de un dolor ó por la intensa llama de un ideal.

Este descenso al fondo de la mar no se adivina en *Ojo y Alma*. El ojo del poeta mira los encantos de la naturaleza: sus colores y sus formas, y el oído escucha los rumores. Todo esto hace del libro un parque poblado de árboles que se envejecen escuchando la voz de un surtidor empeñado en ser eterno, levantándose hacia los cielos. Las formas sin contornos precisos danzan en la sombra quieta del parque. El poeta se ha detenido—demasiado quizás—en la superficie saturada de color de las cosas. Una vez ha querido ver en su alma: *Lo que hay en mi alma ahora*. No pudo ver sino imaginar. La poesía posee una preciosa belleza pictórica, imaginizada. De la tercera estancia en adelante ya no mira uno sino un paisaje, se ha olvidado que todo él se halla en el alma del poeta.

Esta disposición de la mente del poeta le ha permitido una comprensión puramente externa del arte helénico. Su Friné, un tanto vaga, le sirve para desarrollar discretamente una tesis de filosofía del arte griego. La belleza de Friné ha engendrado una Anadiómena y una Afrodita de Cnido. Es la filosofía de Taine y de Boutroux sobre ese mismo arte griego, expuesta de una manera original, en bellas estrofas; de las cuales una, sin embargo, produce un efecto discordante, que demuestra la comprensión únicamente externa de aquel arte helénico:

Y hay, en verdad, deslumbre sobrehumano
en esa hostia de carne que blanquea
en la patena azul del oceano.

La imagen, de fuente cristiana, hiere en un conjunto pagano como es la *Verdadera desnudez de Friné*.

En la poesía que titula *La copa de la Reina de las Costas Felices* hay también un hermoso motivo. Posee la Reina una copa: la Ilusión. Un bárbaro llega diciendo llamarse la Verdad y le arrebatada la copa que luego se rompe. Habría necesidad de discutir al poeta su concepto de la Verdad? No será más bien una Ilusión gentil atropellada por otra Ilusión más cruel?

Hay en Teócrito un idilio primoroso, *El Boyero*, que narra los sentimientos experimentados por un pastor que enamorado de una bella mujer de la ciudad lamenta sus desvíos. Es el tema de las *Elegías del Labrador*. Es lo más fresco, lo más bello de todo ese libro. Hace pensar con deleite en las escenas campestres, á donde se vuelven los ojos cuando los hombres están cansados de los refinamientos de las ciudades.

Esta bella obra de Argüello no es una Consagración como pretende Vargas Vila. Carece de aquella fuerza que se posa en la mitad del alma de un libro como una roca reverberante de cristal en la mitad de un sendero florido.

Si Argüello experimenta—como lo creo—las ansias inagotables de creación, continuará su labor de poeta y encontrará la consagración más tarde.

En nuestro tiempo se consagra demasiado temprano. Consagrar es decir: Basta! No escriba, no trabaje usted más. Para que el reposo de la muerte caiga sobre el Consagrado.

Roberto Brenes Mesén

El obrero que vive tranquilo, en una posición segura, cubre de caricias á sus niñitos y á su vieja madre. Pero si está sin trabajo, se preguntará por qué no se muere aquella vieja madre; por qué tiene tantos hijos, tantas bocas que llenar. Al amor sucederá la maldición. En el estómago están las raíces de los afectos!—*Enrique Ferri*.

Lo que hay en mi alma ahora

Mi alma está melancólica.
Hay en ella: una guzla
que da lenta, lejana melodía,
como una rosa mustia
hecha de ritmos. Fluye
son apacible y suave, como de unas
notas de terciopelo:
un sollozo melódico que arrulla;
un adiós que en las sombras de la noche
se sacude las plumas...
Hay: un cuarto vacío
donde murió una niña fresca y rubia.
La muñeca, yacente, bajo el polvo;
el pañal recogido entre la cuna;
y, en un ángulo triste,
como un insecto penumbral, se escucha
el zigzag rumoroso de un suspiro
que vuela en la penumbra.
Hay: al morir la tarde, una marina costa
donde el agua las cuerdas de la tristeza pulsa:
donde las olas mueren sobre la blanda arena
como con un sollozo, como con una angustia...
De donde vense los lejanos riscos
en que rompen las olas vagabundas
que van prendiendo en la ribera opuesta
una callada floración de espumas...
Hay: una choza en solitario monte.
El humo, lento, por el aire ondula,
y empañá el cielo, como azul pupila
que, al brotar de una lágrima, se anubla.
Hay: desmayo y mudez. La tarde expira
en un esfume de ópalo. Y es una
selva sombría y honda y melancólica,
do apenas se oye, entre la fronda oscura,
á los soplos recónditos del viento,
y en un vuelo de larvas errabundas,
la gris balada de las hojas muertas
que al ras del suelo su canción modulan.

Hay: en un país lejano,
y en una sesgada ruta,
una tumba medio hundida,
y una cruz junto á la tumba.
Cubriendo la fosa, el manto
de una grama verde y húmeda;
y en la cruz, una paloma
limpiando el pico en las plumas.
Y hay: un eco que esparcen, murmurantes,
en el silencio nocturnal, las grutas;
un viento suave que las hojas besa;
y, entre un manto de lóbrega verdura,
el dormido silencio de un estanque
en donde está bañándose la luna.

Elegía tercera

Presiente el desprecio, y de él se duele.

No has dicho *no*; pero sesgaste el labio;
el hombro alzaste con desdén; y el ojo
mostró no sé si compasión ó agravio.
Tu lástima es lo mismo que tu enojo:
nube que empaña la extensión tranquila:
la nube en que, muriendo, se reboza
mi esperanza, mi estrella temblorosa
prendida en el cristal de tu pupila.

*
* *

Sin duda es por mi blusa! Sin duda es porque ig-
que la seda se acaba, pero el cariño no, [noras
que las telas se compran en los ricos telares,
pero el cariño sólo puede venderlo Dios;
que, en las amargas horas de la miseria, cuando
nos piden pan los labios, y los miembros calor,
si en los huertos no hay granos, en las bocas hay
[besos
que nos caen sobre el alma como lluvias de sol;
que, amando, el goce tiene mucho de cielo, y hasta

como de suave aurora, se ilumina el dolor;
que la opulencia vuela, que la caricia salva;
que, si se pudre el lienzo, queda la adoración!...
Mira este pecho: es rudo; pero su afecto es grande:
tierra virgen, no sabes?, donde el fruto es mejor;
panal de tosco leño, pero que adentro guarda
las mieles que tan dulces para los labios son.
Yo no tengo una seda, ni un encaje: el diamante
no ha prendido en mi pecho su comprado fulgor;
pero sedientos labios, y abrasadores ojos,
y alma de tu alma llena... eso sí tengo yo!...
No mires, adorada, por fuera!... Dentro mira!
Por fuera está una blusa, por dentro un corazón!...

Elegía quinta

Solo, sin esperanzas, se lamenta en el bosque...

Río que pasas llorando,
río del acento blando,
si ella no se mira en tí,
para qué te quiero, dí,
río que pasas llorando?...

Flor azul de la ribera,
si yo ansiaba que algún día
en su corpiño te viera,
de qué sirves, hechicera,
si para *ella* te quería,
flor azul de la ribera?...

Paloma de pardas alas,
que entre las plumas del nido
tus quejas de amor exhalas,
echa tu canto al olvido...
Que ya no escucha su oído,
paloma de pardas alas!...

Para qué alumbras el monte,
luz que en el éter destellas,
si solo está el horizonte?
Si no he de buscar sus huellas,
para qué alumbras el monte?...

Como rezando por mí,
en las montañas desiertas
volar los vientos oí;
y un susurro de hojas muertas,
como rezando por mí!...

Santiago Argüello ()*

(De *Ojo y Alma*).

La lucha enaltece al hombre, aun cuando la batalla se pierda y sólo es despreciable el que rehusa el combate y se declara vencido antes de batirse.— *Mantegazza*.

El boyero

Por haberla querido besar, Eunice se burla de mí, y entre sus sarcasmos me dice: «Vete lejos de mí; no eres más que un boyero, y pretendes, miserable, darme un beso! No he aprendido á amar á los gañanes, y mis labios sólo se posan en labios de hombres de la ciudad! Que nunca, ni siquiera en sueños, beses mi boca encantada! Vaya unas miradas, vaya un lenguaje, vaya unas groseras bromas! Qué charla tan amena, qué conversación tan distinguida! Qué suavidad la de tu barba, qué hermosa cabellera la tuya! Pero si tienes labios pálidos, y manos negras, y además hueles mal! Apártate, que me mancharías!»

Y mientras hablaba escupía tres veces en su seno, mirándome de pies á cabeza; y mientras sus labios me hacían una mueca, sus ojos despedían desdeñosa mirada. Hinchida de orgullo por su belleza, la insolente se reía de mí á carcajadas. Entonces mi sangre hirvió y me sonrojé de vergüenza, cual rosa bajo el rocío. Al verme así, Eunice retrocedió y huyó. Y mi corazón se ha llenado de

(*) Distinguido poeta nicaragüense.

ira, por haber, yo tan agraciado, sido objeto de burla para una cortesana adusta!

Decídmelo sin rodeos, on pastores: no soy yo hermoso? Acaso un dios me habría cambiado repentinamente en otro hombre? Antes, como la hiedra en el tronco, florecía la belleza en mi cuerpo. Mi barba era sedosa; mi cabellera, semejeante á los rizos de ciertas hojas, flotaba sobre mis sienes, y la blancura de mi frente resaltaba más sobre lo negro de mis cejas. Mi ojos eran más azules que los de la divina Atenea (1), mi boca más fresca que el queso reciente, y de mis labios se escapaban sonidos más dulces que la miel al salir de la colmena. Y finalmente, ya que toque la flauta, el pito ó la dulzaina, mis modulaciones encantan los oídos.

Todas las mujeres de la montaña proclaman mi belleza; todas me conceden sus besos, y he ahí que lejos de recibirme en sus brazos, esa mujer de la ciudad, porque soy un boyero, huye sin querer escucharme!

Y, no obstante, el hermoso Dionisos (2) en persona apacentó becerras en los valles...

No quiere, esa joven, saber que Cipris (3) locamente enamorada de un boyero, guardó carneros en las montañas de Frigia, que amó y lloró á Adonis en medio de los robles del bosque! Y qué era Endimion, sino un boyero? Y no obstante, fué amado de Selénea (4) mientras apacentaba él su rebaño! Volando desde lo alto del Olimpo, descendió al valle de Latmos, y durmió con el joven. Y tú, Rea, también lloraste á un boyero, y tú, en fin, oh Crónida, no fué por un boyero por quien tomaste la forma de un ave?

Únicamente Eúnice no amó á un boyero! En verdad, ha hecho lo que no hicieron Cibeles, Cipris, Seleneia. Ojalá, oh Cipris, no bese nunca

(1) Minerva.

(2) Baco.

(3) *Cipris*.—Venus.

(4) *Seleneia*.—Diana.

esa mujer, ni en la ciudad, ni en la montaña, al amante de su corazón, y se pase las noches sola!

Teócrito (*).

Walter Reed

El coronel Walter Reed, cirujano del ejército de los Estados Unidos, demostró el año 1900, por medio de experiencias practicadas en Cuba, hechos que descorrieron un velo á la ciencia moderna.

Ese médico modestísimo, cuyo nombre es casi desconocido en estos países, demostró que el mosquito de la especie «*stegomya fasciata*» era el único medio de trasmisión de la terrible fiebre amarilla.

Probó además que el mosquito no era capaz de transmitir la enfermedad sino hasta que hubieran trascurrido doce días de haber picado á una persona atacada de la terrible plaga. Probó que la enfermedad no era contagiosa por otro medio.

He aquí la opiniones de algunos hombres eminentes:

El Profesor Welch, de la Universidad de John Hopkins, dice: «Con excepción del descubrimiento de la anestesia, las investigaciones del doctor Reed son el paso más importante que la Ciencia de nuestro país jamás haya dado.»

Otros califican ser este «el descubrimiento más grande de los tiempos modernos» y por último dice el Presidente Roosevelt: «que Reed ha obligado el eterno agradecimiento de la especie humana».

Este insigne americano murió el 23 de noviembre de 1900.

(Traducción y envío de J. M. Peralta).

(*) Teócrito de Siracusa, floreció en el siglo 3, antes de Jesucristo. Lo han inmortalizado sus *Idilios*, en los que pinta con gracia, sencillez, naturalidad y dulzura, la vida de pastores y boyeros.

Flores de invierno

A mi edad nos sentimos en la vida como el que ocupa una casa expuesto á que lo despidan de un momento á otro, ó bien nos hace el efecto de alguien que aguardara una visita y que á cada toque de timbre, se dijera: «Ella es...!», ó bien que á cada indisposición uno se preguntara: «Será ella...?» *Ella...?*—Adivináis de quién hablo...?—Esta idea no es tan desagradable como uno pudiera creerla, pues calma á veces singularmente. Todo lo que hay de mezquino en la vida, de ficción, de miserable, desaparece ante esta ruda perspectiva. Las cosas grandes y durables quedan solas enfrente de vosotros. Es bueno tener ciertos obstáculos por vecinos.

*
* *

Viniendo de un paseo por los bosques, ví, sentado á la puerta de una casita alejada de la aldea, cuyo propietario está casi siempre ausente, un buen hombre que había conocido como jardinero en casa de un amigo.

—Eh...!—compadre Antonio—le dije—estáis cuidando ésta casa...?

—Sí señor, desde el otoño.

—Pero esto no debe ser muy alegre, sin vecinos... sin amos...!

—Oh! tengo como ocuparme en el jardín.

—Sí, el verano... Pero el invierno, durante las largas noches, qué es lo que hacéis...?—Me miró, y alegremente me dijo: «Aburrirme.»

Su fisonomía y su tono me sorprendieron. En boca de gentes ricas y ociosas, esta frase: «Me aburro» tiene un acento de desesperanza que aflige. Este buen hombre la dijo riéndose. Acepta el aburrimiento, como acepta el agua, el frío, la privación, la fatiga, la muerte. Pertenece á esa raza rústica cuya existencia se resume en dos palabras: *Padecer y Esperar*. Hay mucha razón para obligar á los campesinos á ir á nuestras escuelas,

pero á nosotros también nos debieran enviar á la escuela de ellos.

*
* *

Hace algún tiempo, oí, en boca de un viñero, otra palabra que todavía me impresionó más.

Era un día de elecciones. En nuestro departamento figuraban dos candidatos: uno, diputado saliente y republicano radical; del otro, no se conocían sus ideas. Ambos eran muy ricos. La mañana que fuí á buscar á la orilla del río á mi buen amigo H..., á quien le envidio tantas cosas, y entre ellas su gusto por la pesca, pues envidio todos los gustos que no tengo, encontré al lado de el, á nuestro viñero, quien al oír las diez, se levantó y nos dijo:

—Voy á votar.—Por quién vota usted...? Nos nombró el nuevo candidato.

—Por qué ha escogido ese...?—Porque no lo conozco...!

En cuanto partió, H... y yo estallamos de risa y agregué:—Mirad los campesinos...!—No es este un tonto...? Yo sí que lo era... Ese hombre había definido á maravilla la imperiosa y saludable necesidad *de otra cosa*, que deseaba el país entero en ese momento. Nuestra salvación ha venido de ahí. El pueblo ha buscado la verdad á tientas y la ha encontrado. En medio de estos desbordamientos de calumnias, de declamaciones, de corrupciones, él ha sabido distinguir y decir lo que quería y lo que no quería. Pobre querida nación...! —Cuánto más vale ella que los que la gobiernan y dirigen!—Pero hoy lo escucharán...?

La Francia semeja un coche que lleva excelentes caballos y detestables cocheros: son los cocheros los que la vuelcan, y los pobres caballos están obligados á levantarla.

*
* *

En un magnífico rosal híbrido, *la Reina*, de pétalos tan dobles y tan rica en colores, florece sobre un eurejado de mi casa, al lado de un rosal

silvestre que abre modestamente sus cuatro pétalos de un rosado tan pálido, de un tejido tan fino y de un perfume delicado. He aquí la imagen de la naturaleza. La naturaleza nos dá flores simples; nosotros hacemos las flores dobles. Recibimos dones, luego, á nosotros nos toca hacer cualidades de ellos; la obra del hombre, completa la de Dios. Sí; pero es necesario decirlo todo de una vez: los dones naturales tienen tal gracia, que no estoy seguro de preferir la rosa silvestre ó *la Reina*... Pero no seamos injustos, amemos las dos igualmente.

* * *

A mi regreso, fuí á ver á uno de mis contemporáneos, á Jaime el ciego, y al verlo, me inspiró una profunda lástima. Estos cuatro meses de invierno lo han envejecido cuatro años. Ya no camina, se arrastra. La sordez comienza á juntarse con la ceguera y su memoria sufre eclipses. La vista de este desgraciado me sobrecogió de tal manera, que no encontré una palabra para animarlo. Y caminando, hice un examen de mí mismo, y mis ideas, siguiendo un curso bastante habitual, se aglomeraron en mi cabeza en forma de versos. Ese, era también el sistema de Goethe: cuando sentía una tristeza, hacía un soneto:

*« Ah!, no es la muerte la que yo temo, es la vida!
Al ver de cuantos tormentos es la vejez seguida,
tiemblo, mis amigos, de descender á la tumba, lentamente,
miembro á miembro, y fragmento á fragmento,
no dejando más de mí, como imagen suprema,
que una caricatura horrible de mí mismo.»*

Al día siguiente, avergonzado de mi flojedad, volví á la casa de Jaime, decidido á recojer todo mi valor, para levantarle el suyo, y abordé atrevidamente sus duros sufrimientos de invierno.

— Ah! Si señor, he sufrido mucho... y he tenido un espantoso miedo de morir...!

— Miedo...? repliqué con extrañeza.

— Sin duda... Imaginad que si hubiera muerto, mi pensión moriría conmigo, y entonces mis hijos hubieran tenido eso de menos...

Esta lección llegó á la profundidad de mi alma, y me dije: Sí, tiene razón el pobre mártir! Tan dura como sea la vida, y mientras uno pueda ser útil para algo ó para alguien, es necesario aceptarla y bendecirla.

Ernesto Legouvé

De la Academia francesa

(Traducido por G. Castro.)

Hay que decirle al niño lo menos posible y en cambio, inducirlo á que él mismo descubra lo más posible.—*Herbert Spencer.*

Nuestro reino interior

Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado é ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban coro los pastores cuando consagraban á rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercade-

res de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban á toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto á su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al medio día para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. Lo mismo á los seres sin ventura que á las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar,—como en el mito de Orfeo (1) y en la leyenda de San Francisco de Asís,—la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían en las junturas de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisíal, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por donde quiera la animación de una fiesta inestinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta á la mirada vulgar—como la «perdida iglesia» de Uhland (2) en lo esquivo del bosque—al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que á nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo.

(1) Poeta y músico griego. Su lira y su voz hacían moverse las piedras y enternecían á los animales

(2) Juan Luis Uhland (1787-1882). Poeta alemán. Sus canciones son muy populares en Alemania,

Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórvido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta ni en soledad nemorosa. (1) Alguna vez,—cuando la noche era diáfana y tranquila,—abriéndose á modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides (2) custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... Y el viejo rey aseguraba que aun cuando á nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, solo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él se soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario, en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... (3) Y luego, cuando la muerte vino á recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable es-

(1) La soledad del bosque.

(2) Estatuas en figura de mujer. Los antiguos arquitectos griegos las usaron como columnas para sostener tronos, trípodes, templos, etc.

(3) Para los antiguos, Cupido fué el emblema del corazón y Psiquis la personificación del alma. La representaron como una mujer bellísima con alas de mariposa.

tancia quedó clausurada y muda para siempre; para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule (1) de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca, confiado á todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo, la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que á nadie más que á la razón serena pertenezca. Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí á favor de la desordenada pasión ó el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de préstamo, pero no de cesión.—Pensar, soñar, admirar: he ahí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda. Los antiguos los clasificaban dentro de su noble inteligencia del *ocio*, que ellos tenían por el más elevado empleo de una existencia verdaderamente racional, identificándolo con la libertad del pensamiento emancipado de todo innoble yugo. El *ocio* noble era la inversión del tiempo que oponían, como expresión de la vida superior, á la actividad económica. Vinculando exclusivamente á esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil; y entrambas atenciones del alma pueden componer, en la existencia individual, un ritmo, sobre cuyo mantenimiento necesario nunca será inoportuno insistir. La escuela estoica, que iluminó el ocaso de la antigüedad como por un anticipado resplandor

(1) Así llamaron los romanos á una isla de la Europa setentrional, considerada por ellos como fin del mundo.

del cristianismo, nos ha legado una sencilla y conmovedora imagen de la salvación de la libertad interior, aún en medio á los rigores de la servidumbre, en la hermosa figura de Cleanto; de aquel Cleanto que, obligado á emplear la fuerza de sus brazos de atleta en sumergir el cubo de una fuente y mover la piedra de un molino, concedía á la meditación las treguas del quehacer miserable y trazaba, con encallecida mano, sobre las piedras del camino, las máximas oídas de los labios de Zenón. Toda educación racional, todo perfecto cultivo de nuestra naturaleza, tomarán por punto de partida la posibilidad de estimular en cada uno de nosotros, la doble actividad que simboliza Cleanto.

José Enrique Rodó.

He encontrado entre los sabios el candor de los niños y todos los días ve uno á ignorantes que se consideran el eje del mundo. Cada cual se cree centro del Universo! Tal es la común ilusión. Ni el barrendero de la calle escapa á ella. Procede esta ilusión óptica de que al contemplar la bóveda celeste, siempre la colocan en el justo centro del cielo y de la tierra. Quizás este error se haya atenuado algo en los que han meditado mucho. La humildad, rara entre los doctos, lo es mucho más entre los ignorantes.—*Anatolio France*.—(De «El Jardín de Epicuro»).

Hylas

Hylas, efebo (1) de la edad heroica, acompañaba á Hércules en la expedición de los Argonautas (2). Llegadas las naves frente á las costas de la Misia (3), Hylas bajó á tierra para traer á sus ca-

(1) Así se decía, en la Atenas antigua, de los jóvenes de 18 á 20 años.

(2) Componían esta expedición (1263 á J. C.) muchos jóvenes principales de la Grecia Antigua (Hércules entre ellos). Capitaneados por Jasón, fueron á la Cólquide (en Asia) para conquistar el Vellocino de oro.

(3) Antigua región del Asia Menor.

masadas agua que beber. En el corazón de un fresco bosque halló una fuente, calma y límpida. Se inclinó sobre ella, y aún no había hecho ademán de sumergir, bajo el cristal de las aguas, la urna que llevaba en la mano, cuando graciosas ninfas surgieron rasgando el seno de la onda, y le arrebataron, prisionero de amor, á su encantada vivienda. Los compañeros de Hylas bajaron á buscarle así que advirtieron su tardanza. Llamándole corrieron la costa y fatigaron vanamente los ecos. Hylas no pareció; las naves prosiguieron con rumbo al país áureo del vellocino. Desde entonces fué uso, en los habitantes de la comarca donde quedó el cautivo de amor, salir á llamarle al comienzo de cada primavera, por los bosques y prados. Cuando apuntaban las flores primerizas, cuando el viento empezaba á ser tibio y dulce, la juventud lozana se dispersaba, vibrante de emoción, por los contornos de Prúsiu. Hylas! Hylas! clamaba. Ágiles pasos violaban misterios de las frondas, por las suaves colinas trepaban grupos sonoros; la playa se orlaba de mozos y doncellas. Hylas! Hylas! repetía el eco en mil partes; y la sangre ferviente coloreaba las risueñas mejillas, y los pechos palpitaban de cansancio y júbilo, y las curvas de tanta alegre carrera eran como guirnaldas trenzadas sobre el campo. Con el morir del sol acababa, sin fruto, la pesquisa; pero la nueva primavera convocaba otra vez á la búsqueda del hermoso argonauta. El tiempo enflaquecía las voces que habían sonado briosa y entonadamente; inhabilitaba los cuerpos antes ágiles, para correr los prados y los bosques: generaciones nuevas entregaban el nombre legendario al viento primaveral: Hylas! Hylas!... Vano clamor que nunca tuvo respuesta. Hylas no pareció jamás. Pero, de generación en generación, se ejercitaba en el bello simulacro la fuerza joven; la alegría del campo florecido penetraba en las almas, y cada día de esta fiesta ideal se reanimaba, con el candor que quedaba aún no marchito, una inquietud sagrada: la esperanza en una venida milagrosa...

Mientras Grecia vivió, el gran clamor flotó una vez por año en el viento de la primavera: Hylas! Hylas!

José Enrique Rodó (*)

La caída de las hojas

De otoño el viento, la tierra
llenaba de hojas marchitas,
y en el valle solitario
mudo el ruiseñor yacía.
Solo y moribundo un joven
lentamente recorría
el bosque donde jugaba
en sus muñecas floridas.
«Adiós, adorado bosque,
voy á morir, le decía,
y mi fin desventurado
tus hojas ay! vaticinan.
La enfermedad que mi seno
está devorando impía,
pálido cual flor de otoño
hacia el sepulcro me inclina.
Apenas breves instantes
disfruté la dulce vida,
y siento mi primavera
cual sueño desvanecida.
Caed, efímeras hojas,
y por el suelo tendidas,
á mi desolada madre
ocultad mi tumba fría.
Mas si mi amante velada
viene en la tarde sombría
á llorar en mi sepulcro,
agitándoos conmovida,

(*) Buen escritor sudamericano. Profesor de literatura en la Universidad de Montevideo y autor de *Ariel*, un bello libro que deben leer y meditar los jóvenes hispano americanos que anhelan sustentar un ideal generoso.

despertad mi triste sombra,
y su fiel llanto reciba.»
Dijo y partió... para siempre!
Murió y al tercero día
la sepultura le abrieron
debajo la árida encina.
Su madre ay! por poco tiempo,
vino á llorarle afligida;
pero no su fiel amante
como el infeliz creía.
Sólo del pastor los pasos
en aquella selva umbría,
perturban hoy el silencio
en torno de sus cenizas.

Carlos Millevoye ()*

(Imitación y arreglo del poeta cubano José María Heredia,
1803-1839.)

Llamamos peligrosos á los que poseen un espíritu contrario al nuestro é inmorales á los que no profesan nuestra moral. Llamamos escépticos á los que no participan de nuestras propias ilusiones, sin tomarnos la molestia de averiguar si se han forjado otras.
—*Anatolio France.*

La mano

Al observar los movimientos de la mano, no os ha sorprendido cierta vaga analogía con alguna flor maravillosa, cuyo cáliz profundo se abre y se cierra á voluntad, como si se abriesen y cerrasen cinco pétalos de extremos rosados? Cinco es el número favorito en el mundo de las flores: la *eglantina* y el miosotis, la reina de los prados, la modesta aufrasia, y la pimpinela roja de sangre, todas tienen cinco pétalos, exactamente como las corolas de la cicuta y de la flor de sauz.

Nuestra mano ha sido formada, pues, por el

(*) Poeta francés (1782-1816.) Es particularmente conocido por sus elegías, de las cuales la que hoy publicamos es la más célebre.

patrón de todas esas flores, de acuerdo con el principio universal de armonía que hace, al parecer, que todas las cosas que existen sobre un mismo planeta, estén destinadas á vivir prestándose mutuas ventajas y trabajando en un fin común. Por lo cual, lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer oficio de cáliz, que recoja el rocío y la miel, para nutrir el cuerpo y para distribuirlos á otros seres que lo han menester. Así, la mano liberal es siempre la más bella, la mano que derrama generosamente, para que otros gocen y se regocijen, los beneficios que la sabiduría y la habilidad acumuladas de varias generaciones han dejado en herencia.

Por eso la mano es el instrumento más perfecto imaginado por la naturaleza para regalar al hombre, quien debe emplearlo dignamente, recordando en la gracia rítmica de cada movimiento su origen superior: de aquí el placer que experimentamos al seguir el verdadero artista en la ejecución de su obra. Puede concebirse nada más encantador que un niño que extiende sus diminutas manecillas, de palmas gentiles semejantes á conchas marinas y esquisitos dedos que parecen pétalos de rosa, para retener y asir el vacío?

Sí, pues, como me place figurármelo, la mano, la más fiel amiga del hombre y su servidor más digno de confianza, evoca realmente en sus grandes líneas la imagen de los más bellos y más frágiles ornamentos de la tierra, podemos concluir que la forma floral fué escogida para su modelo con el designio de ennoblecer su gesto y de conservar le la pureza de cada acción,

Si no hubiese sido hecha para otra cosa que la utilidad le habría bastado la simple fuerza y así habría sido aun más útil, independientemente de esta ligereza de estructura, que le da gracia á cada uno de sus movimientos y que ofrece una perpetua satisfacción á nuestro sentido de belleza.

Carmen Silva (*)

(*) Buena escritora y reina actual de Rumanía.

Misión de la mujer

Las mujeres deciden de las costumbres, cualesquiera que sean los hábitos y las leyes de un país. Libres ó esclavas, ellas reinan porque dominan nuestras pasiones. Sean nuestros ídolos ó nuestras compañeras, cortesanas, esclavas ó bestias de carga, la reacción es completa; hacen de nosotros lo que ellas son. Parece que la naturaleza liga nuestra inteligencia á su dignidad como atamos nuestra dicha á su virtud.

He aquí pues una ley de eterna justicia: el hombre no sabría rebajar á las mujeres sin que él mismo cayera en la degradación; no sabría enaltecerlas sin hacerse mejor. Es necesario que los pueblos se embrutezcan en sus brazos ó se civilicen á sus pies.

Aimé Martin

Fin de la huelga

Se miraron unos á otros: flacos, amarillentos de insomnio, de hambre y de dolor, estenuados. Y uno dijo bruscamente:—Con qué fin?...Se muere!

Otro dijo:—Mis hijos, ya sin fuerzas, languidecen.

Otro:—Mi mujer está en el hospital.

Un estremecimiento negro, glacial, pasó por encima de las cabezas.

Con los ojos encendidos, relampagueantes, un hércules de veinte años exclamó:—No, jamás. Debemos resistir hasta el último día, todos!...—No somos brutos, sino hombres...

Se miraron unos á otros: flacos, amarillentos de insomnio, de hambre y de dolor. Un pensamiento temblaba en el gran silencio:—Con qué objeto?... Se muere!

Y majestuosos, con los vestidos hechos tiras, conteniendo en lo más hondo sus sollozos de vergüenza, como sombras graves y desoladas, volvieron al trabajo.—Hasta cuando?...

Ada Negri